

ejemplo), aunque lógicamente no pretende abarcar toda la bibliografía actual sobre estos temas.

El público al que se dirige principalmente este libro son alumnos que comienzan los estudios filosófico-teológicos. Con todo no se limita a ser un texto meramente académico, sino que aporta un pensa-

miento crítico, propio de un conocedor del contexto doctrinal de los estudios de este tipo. Escrito de modo ágil y sencillo, puede ser un buen complemento para los alumnos. Quizás en ediciones sucesivas puedan corregirse erratas que dificultan la comprensión de algunos pasajes.

José Ángel GARCÍA CUADRADO

Giacomo CANOBBIO, *Sobre el alma. Más allá de mente y cerebro*, «Verdad e Imagen minor», n. 27, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2010, 125 pp., 12 x 19, ISBN 978-84-301-1733-8.

¿Es posible seguir manteniendo la noción de alma en los debates teológicos y filosóficos actuales? La respuesta a este interrogante constituye el hilo conductor de este libro, breve pero de gran actualidad.

Según el autor, el cuestionamiento de la noción tradicional de alma proviene por una parte del ámbito teológico; por otra, del científico. En efecto, desde la antropología teológica se viene proponiendo la vuelta a las fuentes bíblicas para la comprensión del ser humano desde la unidad antropológica. La palabra hebrea *nefesh* reflejaría mejor la unidad del ser humano, mientras que la *psiché* o alma sería un préstamo de la filosofía griega que lleva necesariamente a un dualismo antropológico del que la tradición cristiana no ha podido liberarse. Por otra parte, desde las neurociencias –que han devenido en «neurofilosofías»– tiende a eliminarse la dualidad mente-cerebro, reduciendo los fenómenos mentales, tradicionalmente asignados al alma, a procesos cerebrales. La conducta humana y los fenómenos psíquicos responden en realidad a complejos mecanismos neuronales, que son cada vez más conocidos por la investigación. De este modo, cuando sepamos cómo funciona realmente el cerebro humano estaremos en condicio-

nes de comprender adecuadamente al ser humano.

En su respuesta, Cannobio pasa revista a una bibliografía muy actual mostrando con equilibrio sus limitaciones y aportaciones. El autor, profesor de teología, se refiere principalmente a la literatura de antropología teológica y de escatología. Frente a lo que parece ser un lugar común, el autor destaca que la idea de inmortalidad –y consiguientemente, la pervivencia del alma humana después de la muerte– no es un préstamo de la filosofía helénica (precipitadamente identificada con el dualismo platónico). La inmortalidad es un dato escriturístico y sobre ese dato la tradición cristiana ha adoptado categorías filosóficas helénicas, pero sin identificarse con la antropología griega. Como apunta el autor, «los Padres de los primeros siglos no se han alineado simplemente con la visión antropológica dominante en el helenismo, aun cuando no pudieran prescindir de ella ni por su formación ni por la intención misionera que los guiaba» (p. 54). Para el autor, el principal problema de la antropología cristiana no lo constituye el dualismo platónico, sino el planteamiento aristotélico en donde la unidad hilemórfica del hombre podía poner en entredicho

la inmortalidad del alma. La rectificación de Tomás de Aquino al planteamiento hilemórfico deja abierta la puerta a la trascendencia del alma humana espiritual. Ciertamente en el ser humano se dan dos co-principios, pero no son simétricos. «La falta de simetría estriba en el hecho de que el alma no está contenida en el cuerpo, mientras que el cuerpo está “contenido” en el alma» (p. 59). El alma puede subsistir en sí misma sin el cuerpo (y en este sentido se puede hablar de «alma separada») pero por ser humana el alma no puede prescindir de su intrínseca ordenación al cuerpo, haciendo congruente así –desde el punto de vista filosófico– la resurrección de la carne.

Según la «nueva teología» se «debe» superar la visión griega de la inmortalidad del alma para asegurar la supervivencia del hombre más allá de la muerte: para ello se propone atenerse al lenguaje de la Escritura, que habla de *resurrección* de toda la persona. En el hombre en cuanto tal, sea por su condición de criatura sea por la de pecador, no existe ningún elemento «naturalmente» inmortal; de manera que, si se quiere concebir una superación de la muerte hay que atribuirla únicamente a la acción salvadora de Dios, al único al que la inmortalidad pertenece por naturaleza. Por consiguiente, el modo para designar la acción de Dios debería ser el de «resurrección». Pero, como recuerda el autor, las formulaciones dogmáticas expresan claramente que la muerte no pertenece al destino establecido por Dios para los hombres sino que se trata de una consecuencia del pecado. Por otro lado, las referencias bíblicas muestran que el dato «natural» –entendiendo este término en el sentido de «original»– no es la muerte, sino la inmortalidad. Esto significa que el tema de la inmortalidad no entra en teología primariamente a partir de una filosofía, sino siguiendo las huellas de la reflexión sobre la condición «originaria» del hombre. La

negación de la inmortalidad del alma tras la muerte constituye un «desvío»; la «rendición» se concibe como un devolver al ser humano su condición originaria (p. 80). Si se quiere utilizar el lenguaje de la «naturaleza», entendida como condición puesta por Dios, se puede decir que la «naturaleza» humana no ha sido radicalmente transformada; permanece en ella una huella de su condición originaria (p. 82).

El autor lamenta que las críticas a la noción de alma se hayan adoptado sin el esfuerzo especulativo por comprender el contexto y finalidad de esta doctrina. «En la “defensa” del alma, se ha querido reafirmar la originalidad de la persona en relación con los demás seres vivos, sin olvidar, por ello, la dimensión “material” de la alma» (p. 68). En los siglos pasados el alma se convirtió en el elemento distintivo y/o en el instrumento lingüístico para expresar la singular identidad del hombre, para explicar su apertura al Creador y mantener la afirmación de su destino a la comunión con Él. Y ese significado sigue siendo cubierto por el término «alma»; y por eso es pertinente mantener su uso en teología. «Si para expresar esa originalidad se ha preferido a lo largo de los siglos el término “alma”, dicho término deberá ser considerado el instrumento lingüístico más adecuado. Y ello, siendo a la vez conscientes de que con él no se indica una “parte” del hombre, sino el hombre en su relación singular con Dios, que ni el pecado ni su asociada, la muerte, pueden destruir» (p. 119).

A pesar de su brevedad, la lectura de este libro resulta esclarecedora. La exposición de los diversos autores y teorías está muy equilibrada, manifestando un notable conocimiento de la filosofía y teología de la tradición cristiana. El estilo es asequible pero no propiamente divulgativo. Dirigido a estudiantes y profesores de filosofía y teología, especialmente dedicados a la antropología y escatología.

José Ángel GARCÍA CUADRADO